

XIX

El cirujano llegó un poco tarde. Le había ocurrido una aventura en el camino. Encontrado por Giocanto Castriconi, había sido requerido con la mayor cortesía para prestar sus cuidados á un hombre herido. Se le había conducido cerca de Orso, y había puesto el primer aparato en su herida. En seguida el bandido lo había llevado muy lejos, y lo había preparado mucho hablándole de los más afamados profesores de Pisa, que, decía, eran sus íntimos amigos.

—Doctor, dijo el teólogo al separarse, me habéis inspirado mucha estima para que crea necesario recordaros que un médico debe ser tan discreto como un confesor. Y hacía sonar el gatillo de su fusil. Debéis olvidar el sitio donde hemos tenido el honor de vernos... Adiós, muy encantado de haberos conocido.

Colomba suplicó al coronel asistiese á la autopsia de los cadáveres.

—Vos conocéis mejor que nadie el fusil de mi hermano, le dijo, y vuestra presencia será muy

útil. Además, hay aquí tanta mala gente, que correríamos grandes peligros si nouviésemos á nadie que nos defendiese.

Habiendo quedado sola con miss Lydia, se quejó de un fuerte dolor de cabeza, y le propuso dar un paseo á algunos pasos del pueblo.

—El aire libre me hará bien, decía. ¡Hace tanto tiempo que no lo respiro! Andando, le hablaba de su hermano; y miss Lydia, muy interesada en ello, no notaba de que se alejaba mucho de Pietranera.

El sol se ponía cuando se dió cuenta, é invitó á Colomba á regresar. Esta, conocía, según dijo, un camino que abreviaba mucho el regreso, y, abandonando el sendero que seguía, tomó otro en apariencia mucho menos frecuentado. A poco empezó á trepar por un ribazo tan escarpado, que se veía obligada continuamente para sostenerse á agarrarse con una mano á las ramas de los árboles, mientras que con la otra tiraba de su compañera. Al cabo de un cuarto de hora largo de esta penosa ascensión, se encontraron en una meseta cubierta de mitros y madroños, en medio de grandes masas de granito que horadaban el suelo por todos lados. Miss Lydia estaba muy fatigada, no se veía el pueblo, y era casi de noche.

—¿Sabéis, mi querida Colomba, dijo, que temo nos hayamos extraviado?

—No tengáis miedo, respondió Colomba. Continuemos marchando, seguidme.

—Pero os aseguro que os engaños; el pueblo no puede estar de ese lado. Apostaría á que le volvemos la espalda. Ved, esas luces que divisamos tan lejos, ciertamente son de Pietranera.

—Mi querida amiga, dijo Colomba con aire agitado, tenéis razón; pero á doscientos pasos de aquí... en este monte...

—¿Y bien?

—Está mi hermano; yo podría verlo y abrazarlo si queréis.

Miss Nevil hizo un movimiento de sorpresa.

—He salido de Pietranera, prosiguió Colomba, sin ser notada, porque venía con vos... de otro modo me hubieran seguido... ¡Estar tan cerca de él y no verlo!... ¿Por qué no venís conmigo á ver á mi pobre hermano? ¡Le causaríais tanto placer!

—Pero, Colomba... eso no sería conveniente por mi parte.

—Comprendo. Vosotros, las señoras de las ciudades, os cuidáis siempre de lo que es conveniente; nuestras mujeres de pueblo, sólo pensamos en lo que está bien.

—¡Pero es tan tarde!... Y vuestro hermano, ¿qué pensará de mí?

—Pensará que no está abandonado por sus amigos, y eso le dará ánimo para sufrir.

—Y mi padre, estará tan inquieto...

—Sabe que estáis conmigo... ¡En fin! decid... Vos mirabais esta mañana su retrato, agregó con una maliciosa sonrisa.

—No en verdad, Colomba, no me atrevo... esos bandidos que están con él...

—¡Y qué! esos bandidos no os conocen, ¿qué importa? ¡Vos deseáis verlo!...

—¡Dios mío!

—Veamos, señorita, tomad un partido. Dejaros sola aquí, es imposible; no se sabe lo que podría suceder. Vamos á ver á Orso, ó bien, volvamos juntas al pueblo... Yo veré á mi hermano... Dios sabe cuando... quizás nunca...

—¿Qué decís, Colomba?... ¡Pues bien! ¡vamos! pero sólo por un minuto, y nos volveremos en seguida.

Colomba le estrechó la mano, y, sin respon-

der, se puso á marchar con tal rapidez, que á miss Lydia le costaba trabajo seguirla.

—Felizmente Colomba se detuvo muy pronto diciendo á su compañera:

—No avancemos más antes de haberlos prevenido; podríamos quizás atrapar un tiro.

Se puso los dedos en la boca y silbó; poco después se oyó ladrar un perro, y el centinela avanzado de los bandidos no tardó en aparecer. Era nuestro antiguo conocido, el perro Brusco, que reconoció en seguida á Colomba y se encargó de servirle de guía. Después de muchos rodeos por los estrechos senderos del monte, dos hombres armados hasta los dientes les salieron al encuentro.

—¿Sois vos, Brandolaccio? preguntó Colomba. ¿Dónde está mi hermano?

—¡Allá abajo! respondió el bandido. Pero avanzad dulcemente: duerme, y es la primera vez que lo hace desde su accidente. ¡Vive Dios! bien se ve que por donde pasa el diablo, pasa bien una mujer.

Las dos se aproximaron con precaución, y cerca de un fuego, del que prudentemente se había ocultado el resplandor construyendo alrededor un pequeño muro de piedras superpuestas, divisaron á Orso acostado en un montón de helecho y cubierto con una manta. Estaba muy pálido, y se oía su respiración oprimida. Colomba se sentó á su lado y lo contempló en silencio con las manos juntas, como si orase mentalmente. Miss Lydia, cubriéndose el rostro con su pañuelo, se sentó junto á ella; pero de cuando en cuando levantaba la cabeza para ver al herido por encima del hombro de Colomba. Un cuarto de hora transcurrió sin que nadie abriese la boca. A una señal del teólogo, Brandolaccio se internó con él en el monte, con gran contento de miss Lydia,

que, por primera vez, hallaba que las grandes barbas y el equipo de los bandidos tenían mucho color local.

Por fin Orso hizo un movimiento. En seguida Colomba se echó sobre él y lo abrazó muchas veces, abrumándolo con preguntas sobre su herida, sus sufrimientos, sus necesidades. Después de contestarle que estaba todo lo bien posible, Orso le preguntó á su vez si miss Nevil estaba aún en Pietranera, y si le había escrito. Colomba, inclinada sobre su hermano, le ocultaba completamente á su compañera, que la obscuridad, por otra parte, difícilmente le hubiera permitido reconocer. Ella tenía cogida una mano de miss Nevil, y con la otra levantaba ligeramente la cabeza del herido.

—No, hermano mío, no me ha dado carta para vos...; pero pensáis siempre en miss Nevil, ¿la amáis mucho?

—¡Si la amo, Colomba!... Pero ella... ¡ella quizás ahora me desprecia!

En este momento, miss Nevil hizo un esfuerzo para retirar su mano; pero no era fácil conseguir que Colomba soltase su presa; y, aunque pequeña y bien formada, su mano poseía una fuerza de la que hemos visto algunas pruebas.

—¡Despreciaros! exclamó Colomba, después de lo que habéis hecho... Al contrario, habla bien de vos... ¡Ah! Orso, tendría muchas cosas de ella que contaros.

La mano quería siempre escaparse, pero Colomba la atraía aún más cerca de Orso.

—Pero, en fin, dijo el herido, ¿por qué no responderme?... Una sola línea y hubiera estado contento.

A fuerza de tirar de la mano de miss Nevil, concluyó Colomba por ponerla en la de su her-

mano. Entonces, separándose de repente estallando de risa:

—Orso, exclamó, procurad no hablar mal de miss Lydia, porque conoce muy bien el corso.

Miss Lydia retiró en seguida su mano y balbuceó algunas palabras ininteligibles. Orso creía estar soñando.

—¡Vos aquí, miss Nevil! ¡Dios mío! ¿cómo os habéis atrevido? ¡Ah! ¡qué feliz me hacéis!

Y, levantándose con trabajo, intentó acercarse á ella.

—He acompañado á vuestra hermana, dijo miss Lydia... para que no pudiesen sospechar dónde iba... y además, yo también quería... asegurarme... ¡Ay! ¡qué mal estáis aquí!

Colomba se había sentado detrás de Orso. Lo incorporó con precaución y de manera á sostenerle la cabeza sobre sus rodillas. Le pasó el brazo alrededor del cuello, é hizo seña á miss Lydia para que se aproximase.

—¡Más cerca! ¡más cerca! le dijo: no es bueno que un enfermo eleve mucho la voz. Y como miss Lydia titubeaba, le cogió la mano y la forzó á sentarse tan cerca, que su vestido tocaba á Orso, y su mano, que tenía siempre cogida, descansaba en el hombro del herido.

—Así está muy bien, dijo Colomba con tono alegre. ¿No es verdad, Orso, que se está bien en el monte, al raso, en una hermosa noche como ésta?

—¡Oh! ¡sí! ¡qué hermosa noche! dijo Orso. ¡No la olvidaré nunca!

—Debéis sufrir mucho, exclamó miss Nevil.

—No sufro ya, dijo Orso, y quisiera morir aquí. Y su mano derecha se aproximaba á la de miss Lydia, que Colomba tenía siempre aprisionada.

—Es absolutamente preciso que se os transporte

á alguna otra parte donde se pueda prestaros cuidados, señor della Rebbia, deo miss Nevil. Yo no podría ya dormir, ahora que os he visto tan mal acostado... en pleno aire...

—Si no hubiese tenido el temor de encontraros, miss Nevil, hubiera intentado volver á Pietranera, y me habría constituido prisionero.

—¿Y por qué temíais encontrarla, Orso? preguntó Colomba.

—Os había desobedecido, miss Nevil... y no me hubiera atrevido á veros en aquel momento.

—¿Sabéis, miss Lydia, que hacéis hacer á mi hermano todo lo que queréis? dijo riendo Colomba. Os impediré verlo.

—Espero, dijo miss Nevil, que este desgraciado asunto se esclarecerá, y que muy pronto no tendréis ya nada que temer... Estaré muy contenta, si, cuando partamos, sé que se os ha hecho justicia y se ha reconocido vuestra lealtad y vuestro valor.

—¡Vos partís, miss Nevil! No pronunciéis aún esa palabra.

—Qué queréis... mi padre no puede cazar siempre... Quiere partir.

Orso dejó caer su mano que tocaba á la de miss Lydia, y hubo un momento de silencio.

—¡Bah! dijo Colomba, no os dejaremos marchar tan pronto. Tenemos aún muchas cosas que enseñaros en Pietranera... Por otra parte, me habéis prometido hacer mi retrato, y aun no habéis empezado... Y además yo os he prometido escribiros una serenata de setenta y cinco coplas... Y luego... ¿Pero por qué gruñe Brusco? Brandolaccio corre detrás de él... Veamos qué es.

En seguida se levantó, y poniendo con naturalidad la cabeza de Orso sobre las rodillas de miss Nevil, corrió á donde estaban los bandidos.

Un poco admirada de hallarse así sosteniendo

á un hermoso joven, en conversación á solas con él en medio de un monte, miss Nevil no sabía qué hacer, porque, retirándose bruscamente, temía hacer mal al herido. Pero Orso mismo abandonó el dulce apoyo que su hermana le había dado, y, levantándose sobre su brazo derecho:

—¿De modo, que partís muy pronto, miss Lydia? no había pensado nunca que debieseis prolongar vuestra estancia en este miserable país... y sin embargo... desde que habéis venido aquí, sufrí cien veces más pensando que es preciso deciros adiós... Soy un pobre teniente... sin porvenir... proscrito ahora... Qué momento, miss Lydia, para deciros que os amo... pero esta es sin duda la única vez que podré decíroslo, y me parece que soy menos desgraciado, ahora que he aliviado á mi corazón de ese peso.

Miss Lydia volvió la cabeza, como si la obscuridad no bastase para ocultar su rubor:

—Señor della Rebbia, dijo con voz temblorosa, hubiera yo venido á este lugar si... Y, mientras hablaba, ponía en la mano de Orso el talismán egipcio. Después, haciendo un violento esfuerzo para recobrar el tono de broma que le era habitual:

—Está muy mal en vos, Orso, hablar así... En medio del monte, rodeado de vuestros bandidos, bien sabéis que no osaré nunca enfadarme con vos.

Orso hizo un movimiento para besar la mano que le devolvía el talismán; y como miss Lydia la retiró con alguna ligereza, perdió el equilibrio y cayó sobre su brazo herido. No pudo contener un doloroso gemido.

—Os habéis hecho mal, amigo mío, exclamó ella levantándolo; ¡yo tengo la culpa! perdonadme...

Se hablaron aún algún tiempo en voz baja, y

muy próximos el uno del otro. Colomba, que acudía precipitadamente, los encontró precisamente en la posición en que los había dejado.

—¡Los tiradores! exclamó. Orso, procurad llevaros y marchar, yo os ayudaré.

—Dejadme, dijo Orso. Di á los bandidos que huyan... poco me importa que me cojan; ¡pero llévate á miss Lydia; en nombre de Dios, que no la vean aquí!

—Yo no os abandonaré, dijo Brandolaccio que seguía á Colomba. El sargento de los tiradores es un ahijado del abogado; en vez de deteneros, os matará, y después dirá que no lo ha hecho con intención.

Orso intentó levantarse, y hasta dió algunos pasos; pero, deteniéndose en seguida:

—No puedo andar, dijo. Huid vosotros. Adiós, miss Nevil; ¡dadme la mano y adiós!

—¡Nosotras no os abandonaremos! exclamaron las dos mujeres.

—Si no podéis marchar, dijo Brandolaccio, será preciso que yo os lleve. Vamos, mi teniente, un poco de ánimo; tendremos tiempo para escapar por la barranca, allá detrás. El señor cura va á darles ocupación.

—No, dejadme, dijo Orso acostándose en tierra. ¡En nombre de Dios, Colomba, llévate á miss Nevil!

—Vos sois fuerte, señorita Colomba, dijo Brandolaccio; cojedlo por los hombros, que yo lo sostendré por los pies; ¡bueno! ¡adelante! ¡en marcha!

Empezaron á llevarlo rápidamente á pesar de sus protestas; miss Lydia les seguía, horriblemente asustada, cuando se dejó oír un disparo, al cual respondieron en seguida otros cinco ó seis. Miss Lydia lanzó un grito, Brandolaccio una imprecación, pero redobló la velocidad, y Colom-

ba, á su ejemplo, corría á través del monte, sin prestar atención á las ramas que le azotaban el rostro ó le desgarraban el vestido:

—Agachaos, agachaos, querida mía, decía á su compañera, puede alcanzaros una bala.

Marcharon, ó mejor dicho, corrieron aproximadamente quinientos pasos así, cuando Brandolaccio declaró que no podía más, y se dejó caer en tierra, á pesar de las exhortaciones y reproches de Colomba.

—¿Dónde está miss Nevil? preguntaba Orso.

Miss Nevil, espantada por los tiros, detenida á cada instante por la espesura del monte, había perdido muy pronto el camino de los fugitivos, y había quedado sola, presa de las más vivas angustias.

—Se ha quedado detrás, dijo Brandolaccio, pero no está perdida, porque las mujeres se encuentran siempre. Escuchad, Ors' Anton', cómo el cura arma ruido con vuestro fusil. Desgraciadamente no se ve nada, y no se causa mucho daño tiroteando de noche.

—¡Silencio! exclamó Colomba; oigo un caballo, nos hemos salvado.

En efecto, un caballo que pasaba por el monte, espantado por el ruido del tiroteo, se aproximaba por este lado.

—¡Estamos salvados! repitió Brandolaccio. Correr hacia el caballo, cogerlo por las crines y pasarle por la boca un nudo de cuerda á guisa de brida, fué para el bandido, ayudado por Colomba, cuestión de un momento.

—Prevenamos ahora al cura, dijo.

Y silbó dos veces; un silbido lejano respondió á esta señal, y el fusil de Manton dejó de oír su gruesa voz. Entonces Brandolaccio saltó sobre el caballo. Colomba colocó á su hermano delante del bandido, quien con una mano lo estrechó

fuertemente, mientras que con la otra dirigía su montura. A pesar de su doble carga, el caballo, excitado por dos buenos talonazos en el vientre, partió ligeramente y descendió al galope un escarpado ribazo donde cualquier otro caballo que no fuera corso se hubiera matado cien veces.

Colomba volvió entonces sobre sus pasos, llamando á miss Nevil con todas sus fuerzas, pero ninguna coz respondió á la suya... Después de haber marchado algún tiempo á la ventura, procurando hallar el camino que había seguido, se encontró en un sendero á dos tiradores que le gritaron: «¿Quién vive?»

—¡Qué es eso, señores! dijo Colomba en tono burlón, no os alarméis. ¿Cuántos muertos?

—Vos estábais con los bandidos, dijo uno de los soldados, y vais á venir con nosotros.

—Con mucho gusto, respondió; pero tengo aquí una amiga, y es necesario que antes la encontremos.

—Vuestra amiga está ya detenida, é iréis con ella á dormir en la cárcel.

—¿En la cárcel? eso es lo que hay que ver; pero, entretanto, llevadme á su lado.

Los tiradores la condujeron al campamento de los bandidos, donde reunían los trofeos de su expedición, es decir, la manta que cubría á Orso, una vieja marmita y un cántaro lleno de agua. En el mismo lugar se hallaba miss Nevil, que, encontrada por los soldados, medio muerta de miedo, respondía con lágrimas á todas las preguntas sobre el número de los bandidos y la dirección que habían tomado. Colomba se echó en sus brazos y le dijo al oído: «Se han salvado».

Después, dirigiéndose al sargento de los tiradores:

—Señor, le dijo, bien veis que esta señorita no sabe nada de lo que le preguntáis. Dejados

regresar al pueblo, donde se nos espera con impaciencia.

—Se os conducirá allí, y más pronto que lo deseáis, dijo el sargento, y tendréis que explicar lo que hacíais en el monte á esta hora con los bandidos que acaban de huir. No sé qué sortilegio emplean esos pícaros, pero seguramente fascinan á las jóvenes, porque por todas partes donde hay bandidos es seguro encontrar lindas mujeres.

—Sois galante, señor sargento, dijo Colomba, pero no haríais mal en fijaros en vuestras palabras. Esta señorita es parienta del prefecto, y no es conveniente chancear con ella.

—¡Parienta del prefecto! murmuró un tirador y su jefe; en efecto, tiene sombrero.

—El sombrero no significa nada, dijo el sargento. Ellas dos estaban con el cura, que es el mayor embaucador del país, y mi deber es de conducir las. Por lo tanto, no tenemos nada que hacer aquí. Sin ese maldito cabo Taupin... ese francés borracho se dejó ver antes que yo hubiese cercado el monte... sin él, los hubiéramos cogido como en una red.

—¿Sois siete? preguntó Colomba. Sabéis, señores, que si por casualidad los tres hermanos Gambini, Sarrochi y Teodoro Poli se encontrasen en la cruz de Santa Cristina con Brandolaccio y el cura, podrían daros mucho que hacer. Si habéis de tener una conversación con el *comandante del campo* no querría asistir á ella, porque las balas no conocen á nadie de noche.

La posibilidad de un encuentro con los temibles bandidos que Colomba acababa de nombrar pareció causar impresión en los tiradores. Siempre echando pestes contra el cabo Taupin, el perro francés, el sargento dió la orden de retirada, y su pequeña tropa tomó el camino de Pietra-

nera, llevando la manta y la marmita. En cuanto al cántaro, un puntapié le hizo justicia. Un tirador quiso tomar el brazo de miss Lydia; pero Colomba lo rechazó en el acto:

—¡Que nadie la toque! dijo. ¿Creéis que tenemos intención de escaparnos? Vamos, Lydia, quedá miá, apoyaos en mí, y no lloréis como un niño. He aquí una aventura, pero no acabará mal; dentro de media hora estaremos cenando. Por mi parte, tengo mucha gana.

—¡Qué se pensará de mí! decía muy bajo miss Nevil.

—Se pensará que os habéis extraviado en el monte, eso es todo.

—¡Qué dirá el prefecto!... ¡qué dirá mi padre sobre todo!

—¿El prefecto?... vos le responderéis que se mezcle en su prefectura. ¿Vuestro padre?... por la manera con que hablabais con Orso, yo creía que teníais algo que decir á vuestro padre.

Miss Nevil le apretó el brazo sin responderle.

—¿No es verdad, murmuró Colomba á su oído, que mi hermano merece que se le quiera? ¿No lo queréis un poco?

—¡Ah! Colomba, respondió miss Nevil sonriendo á pesar de su confusión, ¡me habéis traicionado, á mí que tenía tanta confianza en vos!

Colomba le pasó un brazo alrededor de la cintura, y, besándola en la frente:

—Hermanita mía, dijo en voz muy baja, ¿me perdonáis?

—Con mucho gusto, mi terrible hermana, respondió Lydia devolviéndole su beso.

El prefecto y el procurador del rey se hospedaban en casa del nuevo alcalde de Pietranera, y el coronel, muy inquieto por su hija, iba por la vigésima vez á pedirles noticias, cuando un tirador, destacado como correo por el sargento, les

hizo la relación del terrible combate librado contra los bandidos, combate en el cual no había tenido, es verdad, ni muertos ni heridos, pero se había cogido una marmita, una manta y dos jóvenes que eran, decía él, las novias ó espías de los bandidos. Así anunciadas comparecieron las dos prisioneras en medio de su escolta armada. Se adivina el radiante continente de Colomba, la vergüenza de su compañera, la sorpresa del prefecto, y el júbilo y la admiración del coronel. El procurador del rey se dió el maligno placer de hacer sufrir á la pobre Lydia una especie de interrogatorio que no terminó hasta que le hizo perder toda su firmeza.

—Me parece, dijo el prefecto, que bien podemos poner á todo el mundo en libertad. Estas señoritas han ido á pasearse, nada más natural con un tiempo tan bueno; encontraron por casualidad á un amable joven herido, nada más natural aun.

Después, llevando aparte á Colomba:

—Señorita, le dijo, podéis advertir á vuestro hermano que su asunto toma mejor aspecto que yo esperaba. El examen de los cadáveres, y la declaración del coronel, demuestran que él no hizo más que responder, y que estaba solo en el momento del combate. Todo se arreglará, pero es preciso que abandone el monte lo antes posible y se constituya prisionero.

Eran cerca de las once cuando el coronel, su hija y Colomba se pusieron á la mesa ante una cena fría. Colomba comía con mucho apetito, burlándose del prefecto, del procurador del rey y de los tiradores. El coronel comía, pero no decía nada, mirando siempre á su hija, que no levantaba la vista de su plato.

Por fin, con una voz dulce, pero grave:

—Lydia, le dijo en inglés, ¿estáis, pues, comprometida con della Rebbia?

—Sí, padre mío, desde hoy, respondió enrojeciendo, pero con voz firme.

Después levantó los ojos, y, no percibiendo en la fisonomía de su padre ningún signo de disgusto, se echó en sus brazos y lo abrazó, como las señoritas bien educadas hacen en casos semejantes.

—En hora buena, dijo el coronel, es un joven valiente; pero, ¡por Dios! ¡no nos quedaremos en su diablo de país! ó rehuso mi consentimiento.

—No sé el inglés, dijo Colomba, que los miraba con extrema curiosidad; pero apuesto á que he adivinado lo que habláis.

—Decimos, respondió el coronel, que os llevaremos á hacer un viaje á Irlanda.

—Sí, con mucho gusto, y yo seré la *surella Colomba*. ¿Es un hecho, coronel? ¿Nos damos la mano?

—En este caso, se abraza, dijo el coronel.





XX

Algunos meses después del doble golpe que sumió al pueblo de Pietranera en la consternación, (como dijeron los periódicos), un joven, con el brazo izquierdo en cabestrillo, salió en la tarde á caballo de Bastia, y se dirigió al pueblo de Cardo, célebre por su fuente, que, en verano, suministra á las personas delicadas de la ciudad un agua deliciosa. Una joven, de una talla elevada y de una belleza notable, lo acompañaba montada en un pequeño caballo negro del cual un conocedor hubiera admirado la fieza y la elegancia, pero que desgraciadamente tenía una oreja sajada por un extraño accidente. Al llegar al pueblo, la joven saltó á tierra con presteza, y, después de haber ayudado á su compañero á descender de su montura, desató algunos pesados sacos del arzón de su silla. Los caballos fueron entregados al cuidado de un campesino, y la mujer cargada con los sacos que ocultaba bajo su *mezzaro*, y el joven llevando un fusil de dos cañones, tomaron el camino de la montaña siguiendo un sendero muy pendiente que parecía no conducir á ninguna vivienda. Llegados á una de las gradas ele-

vadas del monte Quercio, se detuvieron, y los dos se sentaron sobre la hierba. Parecían esperar á alguien, porque sin cesar volvían los ojos hacia la montaña, y la joven consultaba frecuentemente un lindo reloj de oro, quizás más para contemplar una alhaja que parecía poseer desde hacía poco, que por saber si la hora de la cita había llegado. Su espera no fué larga. Un perro salió del monte, y, al nombre de Brusco pronunciado por la joven, se apresuró á venir á hacerles caricias. Poco después aparecieron dos hombres barbudos, con el fusil bajo el brazo, la cartuchera á la cintura, y la pistola á un lado. Sus desgarrados vestidos, llenos de remiendos, contrastaban con sus armas brillantes, de una renombrada fábrica del continente. A pesar de la desigualdad aparente de su posición, los cuatro personajes de esta excena se abordaron familiarmente, como antiguos amigos.

—¡Muy bien! Ors' Anton', dijo al joven el más viejo de los bandidos, vuestro asunto está terminado. Auto de no ha lugar. Mi enhorabuena. Estoy disgustado de que el abogado no esté ya en la isla para verlo rabiarse. ¿Y vuestro brazo?...

—Dentro de quince días, respondió el joven, me dicen que podré dejar el cabestrillo.—Mi valiente Brando, mañana partiré para Italia, y he querido decirte adiós, así como al señor cura. Por eso os he rogado que viniérais.

—Andáis con mucho apresuramiento, dijo Brandolaccio; ¿ayer fuisteis absuelto y partís mañana?

—Tiene asuntos, dijo alegremente la joven. Señores, os he traído de cenar: comed y no olvidéis á mi amigo Brusco.

—Mimáis mucho á Brusco, señorita Colomba, pero es agradecido. Vais á verlo. Vamos, Brusco,

dijo, poniendo su fusil horizontalmente, salta por los Barricini.

El perro quedó inmóvil, lamiéndose el hocico y mirando á su amo.

—¡Salta por los della Rebbia!

Y saltó dos pies más alto que era necesario.

—Escuchad, amigos míos, dijo Orso, lleváis una mala vida; y si no os sucede que terminéis vuestra carrera en la plaza que vemos allá abajo lo mejor que os puede acontecer es caer en un monte bajo la bala de un gendarme.

—¿Y bien? dijo Castriconi, es una muerte como otra cualquiera, y es preferible á que la fiebre os mate en la cama, en medio de las lamentaciones más ó menos sinceras de vuestros herederos. Cuando como nosotros, se está acostumbrado al aire libre, nada hay como morir con los zapatos puestos, como dicen las gentes del pueblo.

—Yo quisiera, prosiguió Orso, veros abandonar este país... y llevar una vida más tranquila. Por ejemplo, ¿por qué no vais á estableceros en Cerdeña, como han hecho algunos de vuestros camaradas? Yo podría facilitaros los medios.

—¿En Cerdeña? exclamó Brandolaccio. ¡Istos Sardos! que los lleve el diablo con su dialecto. Es muy mala compañía para nosotros.

—No hay recursos en Cerdeña, agregó el teólogo. Por mí, desprecio á los sardos. Para dar caza á los bandidos tienen una milicia á caballo; eso hace la crítica á la vez de los bandidos y del país. ¡Fuera la Cerdeña! Lo que me admira, señor della Rebbia, es que vos que sois un hombre de gusto y de saber, no hayáis adoptado nuestra vida del monte, habiéndola probado.

—Mas, dijo Orso sonriendo, cuando tuve la ventaja de ser vuestro comensal, no estaba muy en estado de apreciar los encantos de vuestra po-

sición, y aun me duelen las costillas cuando me acuerdo de la carrera que di una hermosa noche, puesto de través como un paquete sobre un caballo sin silla que conducía mi amigo Brandolaccio.

—Y el placer de escapar á la persecución, respondió Castriconi, ¿no lo contáis? ¿Cómo podéis ser insensible al encanto de una libertad absoluta bajo un hermoso clima como el nuestro? Con este porta-respeto (y enseñaba su fusil), es uno rey por todas partes, tan lejos como alcance la bala. Se manda, se vengán los agravios... Es una diversión muy moral, caballero, y muy agradable, que nosotros no rehusamos. ¿Qué vida más hermosa que la del caballero errante, cuando se está mejor armado y se es más sensato que don Quijote? Ved, el otro día, supe que el tío de la pequeña Lilla Luigi, ese viejo avaro, no quería darle una dote, y le escribí sin amenazas, porque no acostumbro á usarlas; ¡pues bien! al instante fué hombre convencido, y la casó. Hice la felicidad de dos personas. Creedme, señor Orso, no hay nada comparable á la vida de bandido. ¡Bah! vos hubierais sido quizás de los nuestros sin una cierta inglesa á la que sólo he visto apenas, pero de la que todos hablan en Bastia con admiración.

—Mi futura cuñada no gusta del monte, dijo riendo Colomba, pasó en él mucho miedo.

—En fin, dijo Orso, ¿queréis quedaros aquí? Sea. Decidme si puedo hacer algo por vosotros.

—Nada, dijo Brandolaccio, más que conservéis de nosotros un pequeño recuerdo. Bastante habéis hecho. He ahí Chilina que tiene una dote, y la que, para que se establezca bien, no tendrá necesidad de que mi amigo el cura escriba cartas sin amenazas. Sabemos que vuestra colona nos dará pan y pólvora en nuestras necesidades: por

lo tanto, adiós. Espero volver á veros en Córcega un día de estos.

—En un momento de apuro, dijo Orso, algunas monedas de oro hacen mucho bien. Ahora que somos antiguos conocidos, no me rehusaréis este pequeño cartucho que puede serviros para procuraros otros.

—Nada de dinero entre nosotros, teniente, dijo Brandolaccio con tono resuelto.

—El dinero lo consigue todo en el mundo, dijo Castriconi; pero en el monte sólo se hace caso de un corazón valiente y de un fusil que no marre.

—No quisiera separarme de vosotros, prosiguió Orso, sin dejaros algún recuerdo. Veamos, ¿qué puedo dejarte, Brando?

El bandido se rascó la cabeza, y, dirigiendo al fusil de Orso una mirada oblicua:

—Diantre, mi teniente... si yo me atreviese... pero no, lo tenéis en mucho aprecio.

—¿Qué es lo que quieres?

—Nada... la cosa no es nada... Es necesario además conocer la manera de servirse de él. Siempre pienso en ese diablo de doble golpe y con una sola mano... ¡Oh! eso no se hace dos veces.

—¿Este fusil es lo que quieres?... Yo te lo traía; pero sírvete de él lo menos que puedas.

—¡Oh; no os prometo servirme de él como vos; pero, estad tranquilo, cuando otro lo tenga, podéis decir que Brando Savelli ha pasado á mejor vida.

—Y á vos, Castriconi, ¿qué os daré?

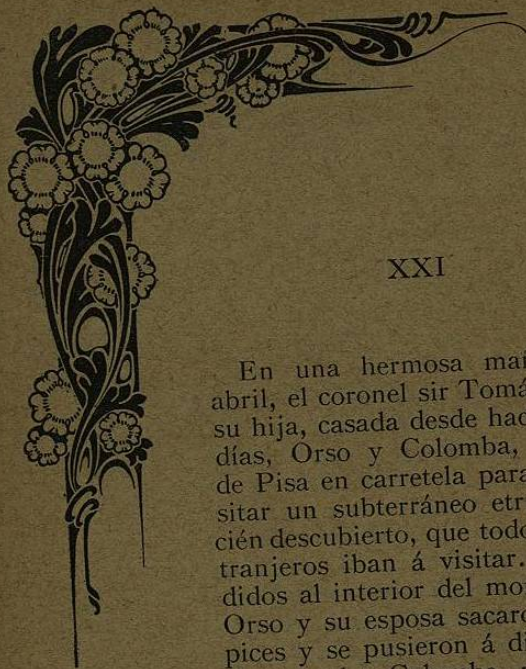
—Puesto que estáis decidido á dejarme un recuerdo material de vos, os pediré con franqueza me enviéis un Horacio del menor tamaño posible. Eso me distraerá é impedirá que olvide mi latín. Hay una pequeña que vende cigarros en

Bastia, en el puerto; dádselo, y ella me lo remitirá.

—Tendréis un Elzevir, señor sabio; hay precisamente uno entre los libros que quería llevarme. —¡Pues bien! amigos míos, es preciso separarnos. Un apretón de manos. Si pensáis algún día en Cerdeña, escribidme; el abogado N. os dará mi dirección en el continente.

—Mi teniente, dijo Brando; mañana, cuando estéis fuera del puerto, mirad sobre la montaña, á este sitio; nosotros estaremos aquí, y os haremos señas con nuestros pañuelos.

Se separaron; Orso y su hermana tomaron el camino de Cardo, y los bandidos el de la montaña.



XXI

En una hermosa mañana de abril, el coronel sir Tomás Nevil, su hija, casada desde hacía pocos días, Orso y Colomba, salieron de Pisa en carretela para ir á visitar un subterráneo etrusco, recién descubierto, que todos los extranjeros iban á visitar. Descendidos al interior del monumento, Orso y su esposa sacaron los lápices y se pusieron á dibujar las pinturas; pero el coronel y Colomba, muy indiferentes por la arqueología, los dejaron solos y se pasearon por los alrededores.

—Mi querida Colomba, dijo el coronel, no regresaremos á Pisa á tiempo para nuestro *luncheon*. ¿No tenéis apetito? He ahí Orso y su mujer en las antigüedades; cuando se ponen á dibujar juntos, no concluyen nunca.

—Sí, dijo Colomba, y sin embargo no sacan ningún dibujo completo.

—Mi parecer es, continuó el coronel, que vayamos á esa pequeña granja que se vé allá abajo. Encontraremos en ella pan, y quizás *aleatico*, ¿quién sabe? y hasta crema y fresas, y esperaremos pacientemente á nuestros dibujantes.